

Ana María Matute

«Lo mío es la narrativa, pero lo que más me gusta es la poesía»

Es la única mujer miembro de la Real Academia Española. Nació en Barcelona y su talento narrativo comenzó a ser conocido en las páginas del semanario «Destino», talento que más tarde se confirmó con su novela «Los Abel», publicada en 1947. En 1958 le concedieron el Premio de la Crítica por «Los hijos muertos», novela que consiguió también el Premio Nacional de Literatura en 1959. En ese año obtuvo el Nadal por «Primera memoria». Su último trabajo, publicado en 1997, es «Olvidado Rey Gudú».

Afirma que nunca se ha dejado influir por los intereses de la industria editorial y que siempre ha escrito lo que ha querido. Recomienda esa independencia para todos aquellos que están comenzando a escribir

LEE algunos fragmentos de su novela «La torre vigía», una historia medieval que ella considera iniciática, y en la que el protagonista es un joven que no quiere morir. A los pocos minutos ella misma decide que las novelas están hechas para ser leídas, pero no en voz alta y detiene su lectura para atender las preguntas y opiniones de todo aquel que se interesa por su obra.

Pregunta. Una de las definiciones que usted ha dado sobre lo que es escribir es «rasgar ese velo que separa la realidad conocida de la realidad invisible», ¿es esta la descripción que más le convence?

Respuesta. Yo suscribo esa que dije, porque yo nunca miento en estas cosas. En lo demás como todo el mundo. Claro que suscribo esa definición. Escribir es una búsqueda de uno mismo y de los demás. Más que una búsqueda grande es casi una cacería hacia uno mismo, creo que esto lo dije en la conferencia de clausura de los Cursos de Verano del año pasado. Comparé el escribir con la búsqueda del Grial, que nadie sabe lo que es, pero todo el mundo lo imagina y todo el mundo lo desea.

P. Sus primeras incursiones en el mundo de la literatura fueron a través de los cuentos de hadas. Su última novela «Olvidado Rey Gudú», ¿es una vuelta a esos orígenes?

R. Es una continuación más que una vuelta. He escrito otras cosas relacionadas con estos temas, y no se trata de cuentos de hadas, ni de cuentos de niños, es otra cosa. El origen está en mi amor por todo ese mundo medieval, y no solamente los cuentos de hadas y todos los ciclos arturianos. Todo eso a mí me ha apasionado siempre. La Edad Media me apasiona y la literatura medieval me encanta, porque la encuentro muy útil como

vía de expresión. Está claro que eso es para mí, con lo que entramos en el misterio ese de lo que es escribir. A mí con esa literatura me va muy bien. Hay momentos en la vida en que te van mejor las cosas, y ahora por ejemplo me va muy bien. Después de haber publicado la más larga, tengo en proyecto una novela corta con la que me voy a meter en septiembre, que también está dentro del mundo medieval y que es muy cortita. Está dentro de un mundo fantástico, pero cuando se dice fantástico no es del todo fantástico, porque formaba parte de la vida de aquella época, ya que creían profundamente en estas cosas. Creían en brujas, en duendes, en trasgos... La Iglesia quemaba a gente por bruja, estaba a la orden del día todo esto y es además un mundo de imaginación, de imaginaria y simbólico. Los símbolos son también muy importantes.

P. Cuando apareció su última novela algunos críticos dijeron que tenía paralelismos con «El señor de los anillos» de Tolkien.

R. Probablemente los que dijeron eso no habían leído ni «Olvidado rey Gudú» ni «El señor de los anillos» porque se parecen como un huevo a una castaña. Claro que tenían que decirlo, porque como no se lo habían leído..., porque los críticos la mayoría no leen los libros. Imagínate un libro tan gordo, ese tocho, pues no se lo leen, con excepciones honrosísimas, que las tengo. Pero la mayoría habla de oídas, se mira la solapa mal y dice cosas que no ocurren en el libro. Lo que dicen no está en el libro, se lo inventan y luego dicen que yo tengo imaginación, ¡pues anda que ellos!

P. En 1958 apareció su novela «Los hijos muertos», por la que recibió el Premio de la Crítica. En aquella ocasión se inventó el territorio de Hegroz, ¿queda

algo de aquellas tierras en el reino de Olar de su último trabajo?, ¿quizás el bosque?

R. Todos los bosques son misteriosos, todos los bosques son iguales. Hegroz está claramente delimitado en la sierra de Cameros y lo otro es un mundo germánico que no tiene nada que ver. Todos los bosques son parecidos, en todos ellos ocurren cosas misteriosas y escalofriantes.

P. ¿Cree usted que su literatura influyó en otros escritores de posguerra?

R. Pues no lo sé, francamente no tengo ni idea, eso deberían contestarlo ellos.

P. ¿Cuál es su método de trabajo y qué es lo que más le interesa a usted como novelista?

R. Para escribir necesito estar en soledad, saber que me encuentro sola y entonces escribo sin un esfuerzo demasiado grande. Entonces represento los sueños, porque todo el mundo tiene sueños,

▼

«LA MAYORÍA DE LOS CRÍTICOS NO LEE LOS LIBROS. HABLAN DE OÍDAS Y DICEN COSAS QUE NO OCURREN EN LOS LIBROS»

presente en la vida de todos, afectando con mayor o menor sensibilidad a cada uno, pero el miedo está ahí y lo arrastramos todos los seres humanos. Lo arrastramos al igual que hacemos con las religiones o los dioses, ya sean monstruos, medio monstruos o dioses por nacer. Hay un elemento mágico en la vida, que es

R. El único libro autobiográfico que he escrito es «El Río» y son experiencias de mi infancia, donde aparecen personajes auténticos con nombre y apellido, pero el resto de mis personajes son inventados.

P. En su última novela se han publicado unos dibujos realizados por usted, ¿le gusta integrar esas pinturas con la propia literatura?

R. Sí, se ha publicado una última edición con ilustraciones en color. Los mapas y los otros dibujos los ha hecho estupendamente, y me encanta como los ha hecho, Juan Pablo Rada, que además se llama igual que mi hijo. Yo hice los dibujos para mi propio placer y lo vieron y les gustó y pensaron que estaría bien publicarlos, y yo encantada de la vida, pero no tengo ninguna pretensión de ilustradora. Si tiene alguna gracia es que los personajes son tan como yo los imagino, pero



y también la vida, porque es algo inevitable y es lo único gratuito que tenemos. También la infancia es muy importante, porque lo más importante que tenemos son los niños. Ya he dicho que los adolescentes tienen cara de naufragos y que muchos de ellos se quedan así para siempre. En mi caso no he abandonado nunca la playa.

P. En sus novelas aparecen una serie de temas recurrentes, aparte de ese sentimiento vital y de ese respeto por la infancia, y uno de ellos es el terror, ¿por qué utiliza ese recurso?

R. Creo que ahí está el miedo. Está muy

muy fuerte aunque la gente no lo crea.

P. En sus novelas aparecen personajes femeninos muy fuertes, ¿qué reflejan estas mujeres?

R. No siempre son muy fuertes, pero sí que son muy diferentes de una novela a otra. Hay personajes como Tontina en «Olvidado Rey Gudú» que no son nada fuertes. Hay de todo, pero lo que pasa es que llaman más la atención los personajes fuertes.

P. ¿Tienen esos personajes femeninos fuertes, como Isabel de «Los hijos muertos» o Ardid de «Olvidado Rey Gudú», algún tinte autobiográfico?

nada más.

P. Su lenguaje, tanto en sus respuestas como en sus novelas, tiene un tinte poético, ¿por qué no ha escrito nunca poesía en un sentido estricto?

R. Pues la verdad es que no lo sé, francamente. A mí lo que más me ha gustado siempre es la poesía. No sé si nunca la he escrito por respeto, por darme cuenta de que yo no soy capaz, o simplemente por crearme que no soy capaz. Nunca la he escrito. Lo mío es la narrativa y cada uno sabe lo que debe escribir, pero la poesía es lo que más me gusta.

Jaime Fernández